

LA HISTORIA IMPOSIBLE DEL MAYO FRANCÉS

POR JUAN MARÍA SÁNCHEZ-PRieto

SUMARIO

LOS HECHOS: LOS SUCESOS DE MAYO: *La fase estudiantil. La fase social. La fase política. El desenlace.*—LAS INTERPRETACIONES: PENSAR EL 68 FRANCÉS: *La voz de los actores. Las primeras lecturas. El debate pos-sesentay ocho. La perspectiva histórica.*—EL BALANCE: *La originalidad y complejidad del 68. La superposición de planos. El fracaso o triunfo del movimiento. La herencia y la verdad ambiguas del 68.*—BIBLIOGRAFÍA.

Pierre Nora se ha referido al 68 como una historia imposible de contar —«l'impossible histoire de Mai» (1)—. El 68 se presenta desde el primer instante como una historia de difícil explicación: supuso el regreso del acontecimiento y fue un acontecimiento imprevisible. Para Hobsbawm (1969), observador inteligente del momento, de los muchos acontecimientos inesperados de finales de los sesenta, el 68 francés fue, con mucho, «el más sorprendente, y, para los intelectuales de izquierdas —decía—, probablemente el más apasionante» (2). En menos de un mes, se asiste a una crisis social y política de una extraordinaria fuerza. En pocas semanas parecía disolverse un Estado, el más fuerte y organizado del mundo occidental y a cuya cabeza figuraba uno de los hombres políticos más emblemáticos del siglo xx. Se presencia cómo, uno detrás de otro, los grupos sociales se ponen en movimiento y expresan una multiplicidad de reivindicaciones. Se vio, en fin, una extraordinaria efervescencia cultural: la explosión del verbo y de la utopía.

Imposible o no de explicar, es un tema poco elaborado desde el punto de vista de la historiografía, aunque reclamó enseguida una vasta producción de distinto tipo. Al terminar 1968 se habían publicado más de cincuenta libros referidos a los hechos

(1) P. NORA: «Le retour de l'événement», en *Faire l'histoire. I. Nouveaux problèmes*, Gallimard, París, 1974, pág. 226.

(2) E. HOBBSAWM: «Mayo de 1968» (1969), en *Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y jazz*, Crítica, Barcelona, 1999, pág. 182.

de mayo (3). Son libros apresurados, a menudo obra de los actores, que resultan, no obstante, necesarios para tratar de recomponer la atmósfera del momento, lo que no siempre traducen los análisis de los sociólogos, que pretendieron proporcionar enseguida una lectura académica de los hechos (4). Estudios más recientes comienzan a proporcionar —desde puntos de mira diferentes— claves nuevas para entender y explicar el movimiento (5).

Sin negar la singularidad del movimiento francés —como luego se tratará de precisar—, el 68 francés o, aún mejor, su fase universitaria no es más que el aspecto francés de un movimiento internacional que alcanza al conjunto de los países industrializados y que representa el rechazo frontal —por parte de la juventud del *baby-boom*— a una sociedad volcada al consumismo y que es percibida como hipócrita y conformista.

Antes y después de mayo, el movimiento de protesta se extendió de modo espontáneo por todas partes. El movimiento de la Universidad de Berkeley, en 1964-5, contra la guerra del Vietnam y los disturbios *provos* en Amsterdam, en 1966, abrieron el camino. Berlín, Atenas o Milán fueron focos de agitación estudiantil antes de mayo del 68. Después de París: Río, Tokio, México, Madrid. La sensación de malestar difuso lo invade todo. Se asistía —así trató de explicarlo Pompidou en la Asamblea Nacional francesa— a una *crisis de civilización*.

Antes que a un malestar social derivado del proceso de modernización económica de los después llamados *treinta gloriosos*, los años 1945-75, la crisis respondía a un patrón cultural en todos los países desarrollados. Los valores tradicionales son rechazados; la autoridad familiar, profesoral o patronal es contestada; el prestigio de las ideas de izquierda heterodoxas —anarquismo, maoísmo, castrismo— alcanza todo su apogeo. Sin embargo, las imágenes que el curso mismo de los acontecimientos de mayo fue produciendo sobre la naturaleza y proyección del movimiento, y que la falla luego entre su amplitud y la debilidad relativa de los resultados sometería a contraste, pueden resultar engañosas y distorsionantes: catástrofe, guerra, revolución, espectáculo, son los principales lugares simbólicos.

(3) Destacan, entre otros: CLUB JEAN-MOULIN, *Que faire de la Révolution de Mai?* Seuil, París, 1968. F. DUPRAT: *Les journées de Mai 68: les dessous d'une révolution*, Nouvelles Editions Latines, París, 1968. A. GLUCKSMANN: *Stratégie et révolution en France 1968*, Bourgeois, París, 1968. A. GRIOTTERAY: *Des barricades ou des réformes?* Fayard, París, 1968. M. PAILLET: *Table rase: 3 mai-30 juin 1968*, Robert Laffont, París, 1968. W. ROCHET: *Les enseignements de Mai-Juin 1968*, Les Editions Sociales, París, 1968. J. SAUVAGEOT, A. GEISMAR, D. COHN BENDIT y J-P. DUTEUIL: *La révolte étudiante*, Seuil, París, 1968. UNEF-SNE-Sup: *Le livre noir des journées de Mai*, Seuil, París, 1968.

(4) R. BOUDON: «La crise universitaire française: essai de diagnostic sociologique», *Annales*, 24, 1969, págs. 738-764. M. DE CERTEAU: *La prise de parole*, Desclée de Brouwer, París, 1968. M. CROZIER: *La société bloquée*, Seuil, París, 1970. [Didier Anzieu] EPISTEMON: *Ces idées qui ont ébranlé la France*, Fayard, París, 1968. A. TOURAINE: *Le mouvement de mai ou le communisme utopique*, Seuil, París, 1968. S. ZEGEL: *Les idées de Mai*, Gallimard, París, 1968.

(5) Además de las referencias a pie de página, véase la selección bibliográfica situada al final del texto.

En el desarrollo del tema, me propongo centrar primero la mirada en los hechos y proceder luego a dar voz a los actores y al análisis de las diversas lecturas e interpretaciones del 68 con el objeto de pensar o repensar el 68 francés y extraer sus consecuencias.

LOS HECHOS: LOS SUCESOS DE MAYO

En primer lugar los hechos. Hay que distinguir tres fases sucesivas en los sucesos de mayo: la fase estudiantil (2-13 mayo), la fase social (13-27 mayo) y la fase política (27 mayo-23 junio).

La primera etapa movilizó a los estudiantes. Ante el asombro del Gobierno un movimiento de activistas de una universidad de las afueras de la capital se transformó en un movimiento de masas, que integra de modo virtual a todos los estudiantes de París, y gozando de un inmenso apoyo popular, que da lugar a una insurrección simbólica del Barrio Latino. El gobierno se replegó ante el movimiento y eso hizo que éste se extendiera a las provincias y, especialmente, a los obreros. La fase social consistió esencialmente en la generalización de una huelga general espontánea de enormes proporciones, y culminó con el rechazo por parte de los huelguistas del acuerdo que en su nombre negociaron los líderes oficiales de los sindicatos y la patronal bajo la tutela del gobierno. Para Hobsbawm sólo la segunda fase creó posibilidades revolucionarias y obligó a reaccionar al Gobierno. La fase política es a menudo la más olvidada y, sin embargo, la dimisión final de De Gaulle en 1969 no puede considerarse al margen del movimiento. No deben subestimarse los efectos a largo plazo de la sacudida de 1968 en los sistemas políticos de Francia y otros países afectados. Vamos a detenernos en cada una de esas fases.

La fase estudiantil

En primer lugar la fase estudiantil. La contestación en la Universidad de Nanterre se remonta a principios de enero de 1968 cuando Cohn Bendit provoca al ministro de Juventud y Deportes, de visita a la Universidad para inspeccionar la piscina, solicitándole que discutiese el problema sexual entre los jóvenes. Estudiante de sociología e hijo de resistentes judíos alemanes Cohn Bendit fue el símbolo del movimiento estudiantil y su dirigente indiscutido (6).

El 22 de marzo se producen incidentes más serios en Nanterre: 300 estudiantes se manifiestan en un anfiteatro que había sido bautizado con el nombre de *Che Gue-*

(6) Sus escritos han sido siempre un referente para la caracterización del movimiento. D. COHN BENDIT: *Le gauchisme, remède à la maladie sénile du communisme*, Seuil, París, 1968. *Le grand bazar*, Beltond, París, 1975. *Nous l'avons tant aimée, la révolution*, Barrault, París, 1986. Sobre su figura y trayectoria véase la reciente biografía de L. LEMIRE: *Cohn Bendit*, L. Léví, París, 1998.

vara para protestar contra la detención de un compañero. Los estudiantes ocupan la sala del Consejo de la Facultad de Letras. En la batida, había nacido el *Movimiento de 22 de marzo*. El dos de mayo se produce el cierre de la Universidad de Nanterre (7).

Al día siguiente, *L'Humanité* publicaba un editorial de Georges Marchais, secretario general del PCF, donde contemplaba con cierto desprecio la agitación estudiantil en manos —califica— de «grupúsculos izquierdistas», *gauchistes*. La mirada se dirige especialmente al Movimiento 22 de marzo dirigido —señala— por el anarquista alemán Cohn Bendit. La agitación favorece las «provocaciones fascistas» y, sin embargo, esos «pseudorrevolucionarios» pretenden «dar lecciones al movimiento obrero», escribe. Marchais iba elevando el tono según avanzaba el artículo. «Esos falsos revolucionarios debían ser enérgicamente desenmascarados.» Servían a los intereses del poder gaullista (pseudofascista por asociación). Y además tenían como uno de sus referentes intelectuales a un filósofo alemán, Marcuse, que vive en Estados Unidos. (Alemán Cohn Bendit, alemán Marcuse, y pretendían dar lecciones a los franceses.)

Marchais se detiene a resumir las tesis de Marcuse: «los partidos comunistas han fracasado, la burguesía ha integrado a la clase obrera, que ya no es revolucionaria, la juventud, en las universidades en particular, “es una fuerza nueva, llena de posibilidades revolucionarias, y debe organizarse para la lucha violenta”...». Marchais cita aquí textualmente al profesor de Berkeley y representante de la Escuela de Francfort. Estaba claro que a Marchais no le gustaba Marcuse y menos que se dejase de lado al PC. Ya en 1965 la dirección del PCF se había encargado de depurar a la UEC, la desobediente organización estudiantil comunista.

Y sin embargo una de las frases de mayo más repetida por todos, fue aquella de Marx: «No se trata sólo de comprender el mundo, sino de cambiarlo», la célebre undécima tesis sobre Feuerbach. Sin duda expresaba bien el ideal inconformista que animaba al movimiento. Pero no se esperaba demasiado de los comunistas. Al menos Cohn Bendit. El 7 de mayo decía: «Nosotros hacemos la revolución... Si la CGT [la central sindical allegada al PCF] y mi abuela vienen con nosotros, pues muy bien; si no, nos las apañeremos sin ellas.»

El mismo 3 de mayo interviene la policía en la Sorbona y se produce la primera noche de alborotos en París. La reacción contra la intervención policial se ha producido sin premeditación alguna. Burlona primero; airada luego. La violencia se desencadena de un modo desproporcionado y anárquico en el Barrio Latino. Los documentos gráficos —bien recogidos desde el primer momento— son elocuentes. En la reunión de los líderes estudiantiles celebrada en la madrugada se nota —además de los comunistas— la ausencia de los maoístas, que tardarán en incorporarse al movimiento.

(7) P. GRAPPIN: *L'île aux peupliers: de la résistance à mai 68: souvenirs du doyen de Nanterre*, Presses universitaires de Nancy, Nancy, 1993.

El 6 de mayo los enfrentamientos violentos en el Barrio Latino se saldan con 800 heridos. Al atardecer, en el Palais Royal, sede del ministerio de Cultura, André Malraux, con el cansancio de haberlo sido todo —hombre de acción, aventurero, literato, esteta..., político también— mantiene una larga conversación con un viejo compañero de la guerra de España, Max Torres, hacía treinta años que no se veían... Querían entender. Es todo un símbolo del reemplazo generacional que se registra. La guerra de España supuso para aquella generación lo mismo que la guerra de Vietnam significaba para la nueva, un auténtico revulsivo, que obligaba a enfrentarse con uno mismo y hacer transparente el propio código de valores.

Los jóvenes habían surgido por todas partes, arrancando adoquines, levantando las primeras barricadas. Eran jovencuelos, los primeros frutos del *baby-boom*, bien instalados en las clases medias, sin excesivos problemas en la vida. Apenas tenían unos años menos que aquellos otros allegados al PC, y parecían caídos de otro planeta... Sustituían la acción por el verbo, se creían en la violencia, en la insurrección, «pero eran adoquines lo que lanzaban, no granadas». Manejaban otras claves, otra lógica. Pierre Goldman, miembro de la Unión de Estudiantes Comunistas hasta 1965, también quería entender, como Malraux.

Tras la exaltación estudiantil del día 6, llegó la resaca y la duda. ¿Hasta dónde se está dispuesto a ir? El Consejo de ministros del día 8 apuesta por la firmeza. El debate en la Asamblea Nacional reconoce abiertamente la distancia entre la clase política y la juventud. Las huelgas y manifestaciones estudiantiles se extienden a provincias el 10 (8). Ese mismo día Marcuse asiste a una reunión de la UNESCO en París sin pronunciarse sobre los acontecimientos en curso. El punto de inflexión del movimiento lo va a constituir la noche de las barricadas.

La noche del 10 al 11 fue la noche mágica del Mayo francés, la noche de las barricadas en el Barrio Latino, que la policía acabó reduciendo con contundencia. Los 30, 40.000, 20.000 recogerá *Le Monde*, sabían bien a lo que habían ido. En primera línea, Alain Krivine, líder del trotskismo francés, arenga a los estudiantes como a las mejores tropas, haciendo uso de la vieja retórica: «El enfrentamiento es inminente... Sois revolucionarios. Sed los mejores.» Antes de que se produjera el asalto a las barricadas, Touraine —profesor de Cohn Bendit en Nanterre— intentó mediar ante el rector y el ministro de Educación, pero no hubo lugar a la negociación. «Toda una juventud se expresa contra una cierta sociedad», declaró Cohn Bendit a la salida del rectorado. A las 2 de la madrugada la policía efectúa sus primeras advertencias. A las 6 todo había terminado. Son centenares los heridos.

Le Monde (en la edición del 12-13 de mayo) tituló: «Noche dramática en el Barrio Latino», y sin duda lo fue. Pero en la misma descripción detallada de los hechos se recogían los elementos que luego han contribuido a la exaltación y hasta mitificación de la noche de las barricadas: el clima de entusiasmo colectivo que es signo

(8) D. TARTAKOWSKY: «Les manifestations de mai-juin 68 en province», en R. MOURIAUX, A. PERCHERON, A. PROST y D. TARTAKOWSKY: 1968. *Exploration du mai français*, vol. 1, L'Harmattan, París, 1992, págs. 143-162.

distintivo de todo fenómeno revolucionario. «Un verdadero frenesí se apodera de los manifestantes», «un entusiasmo comunicativo, casi una alegría», se lee en distintos momentos. Una alegría inesperada, que sucede a la angustia experimentada por la idea del enfrentamiento. «Se vive la eternidad, la masa lo siente». Se atraviesa el pasado al encuentro del futuro en el terreno del presente. «Se sueña despierto», se evocará tiempo después (9).

Son expresiones que forman parte de la mitología de la barricada, que el 68 no hizo sino fortalecer. Las barricadas del 68, las barricadas de aquella noche, no tenían la menor utilidad militar. La barricada juega otra función: define dos territorios, reparte la calle entre el enemigo y los manifestantes, y al concebir las manifestaciones en términos de territorio está inmediatamente planteando el problema del poder. Este territorio nos pertenece y podemos destruir cuanto haya en él. Desde esta perspectiva lo más específico del 68 es la concepción de la barricada como la «delimitación de un lugar de la palabra, de un lugar donde el deseo puede inscribirse y llegar a la palabra», dirá Alain Geismar, portavoz del Sindicato Nacional de Enseñanza Superior entonces (10).

El 10 de mayo de 1968 compuso una metáfora inocultable. El mismo día y en la misma ciudad, tenía lugar una Conferencia de Paz para Vietnam. Los vietnamitas abrían en París el acta notarial de su victoria. Los jóvenes, fascinados por su leyenda, inician la batalla por la apropiación de sus mínimas fronteras interiores: el Barrio Latino. En cierta forma, mayo del 68 empezó en enero, pero no en Nanterre, sino en Saigón. Sin la ofensiva del Tet y la imagen de los escuálidos campesinos vietnamitas plantando cara a la más prodigiosa máquina tecnológico-militar del siglo, el sueño de mayo tal vez no hubiera sido posible (11).

El día 13 tiene lugar la manifestación y huelga general en solidaridad con los estudiantes y en protesta por la represión policial, que da entrada a la fase social del 68. La manifestación, organizada por las centrales sindicales y los partidos de izquierda, reúne a 200.000 personas según la policía y 800.000 según las centrales sindicales. En la cabeza del cortejo los líderes sindicales (Séguy, Descamps, Marangé) figuran al lado de los estudiantiles (Sauvageot, Geismar, Cohn Bendit). Detrás se encuentran los políticos (Mollet, Mitterrand, Rocard, Mendès France, Marchais). En su peculiar estilo, Cohn Bendit declaró: «Me satisface desfilar delante de los cráspulas estalinistas.» Desde la noche del mismo 13, los estudiantes ocupan y se recluyen en la Sorbona, abandonada por la policía.

(9) J. BAYNAC: *Mai retrouvé*, Laffont, París, 1978.

(10) A. GEISMAR, S. JULY, E. MORANE: *Vers la guerre civile*, Editions et publications premières, París, 1969.

(11) G. ALBIAC: *Mayo del 68. Una educación sentimental*, Temas de Hoy, Madrid, 1993, págs. 124-5, 128.

La fase social

Tras la fase estudiantil, viene la fase social, que transcurre del 13 al 27 del mayo. No se puede afirmar de modo estricto que el movimiento estudiantil haya provocado el movimiento huelguista. Basta recordar que 1967 registró un auge de las huelgas y que el comienzo de 1968 había traído conflictos duros en distintas ciudades. Si la revuelta estudiantil tenía las mismas raíces que las que estaban haciendo hervir en esos momentos otras universidades del mundo, la revuelta obrera, en cambio, era una revuelta a la medida de las ilusiones que De Gaulle había sabido suscitar en Francia durante diez años en el mundo del trabajo. Los decretos promulgados en vísperas del mes de mayo, que ponían en peligro algunos de los derechos adquiridos de la Seguridad Social, provocaron una fuerte inquietud. Pero la movilización obrera es evidentemente propiciada y confortada por la acción estudiantil.

La fuerza de la manifestación del 13 de mayo favoreció la expresión obrera que arranca el 14 en Woippy en Lorena y en Sud-Aviation-Bouguenais cerca de Nantes (12). El 16 se declara en huelga la fábrica Renault de Billancourt. El director permanece retenido desde el día anterior y se ocupan las instalaciones (13). La huelga se difunde con rapidez: Beauvais, Orléans.

El 19 Pompidou explica por televisión la actitud de De Gaulle y del Gobierno: «Reforma, sí; *chienlit* [desorden, anarquía], no». Mendès France — todo un símbolo político de la antigua IV República — hace responsable al gobierno de una «situación revolucionaria». Está comúnmente admitido que en la mañana del día 20 había seis millones de trabajadores en huelga.

En los dos días siguientes las huelgas con ocupación de locales se extienden a todo el país. Los huelguistas lanzan numerosas reivindicaciones que los sindicatos malamente consiguen articular: aumento de los salarios, modificación profunda de las estructuras sociales. El 22 el Gobierno salva una moción de censura por una docena de votos. Pompidou se compromete a dialogar con los sindicatos.

Entre los estudiantes, la UNEF, su principal organización, juzgando necesario superar la fase de debate dentro de las universidades, había creado tres comisiones destinadas a reflexionar: una sobre la autonomía de los centros, otra sobre las estructuras y una tercera — lo que podía ser más importante con vistas al futuro inmediato del movimiento — dedicada a estudiar el engarce entre los estudiantes y la clase obrera. Pero (14) no es fácil siquiera la conjunción entre los estudiantes. A pesar de las consignas contrarias de algunos dirigentes, las barricadas vuelven a alzarse en el Boulevard Saint Michel.

(12) F. LE MADEC: *L'Aubépine de mai: chronique d'une usine occupée: Sud-Aviation, Nantes, 1968*, Centre de Documentation du Mouvement Ouvrier et du Travail, Nantes, 1988.

(13) J. FRÉMONTIER: *La forteresse ouvrière: Renault, Fayard, Paris, 1971*.

(14) A. MONCHABLON: «L'UNEF et mai 68», en MOURIAUX, PERCHERON, PROST y TARTAKOWSKY, vol. 2, págs. 111-21.

El 24 todo el mundo está atento a la alocución del general De Gaulle anunciada desde el día 13. El presidente plantea la solución a la crisis: un referéndum sobre la participación y hace entender que dimitirá en caso de perderlo. La reacción no se hace esperar. Nuevos disturbios y barricadas. Los anarquistas queman la Bolsa. Mendès France visita la Sorbona.

La Conferencia y Acuerdos de Grenelle, los días 25-27 de mayo, entre sindicatos y patronal bajo el arbitraje del Gobierno, que ha decidido acercar a París algunas unidades del Ejército, recogen el aumento de salarios, la reducción de jornada laboral y la afirmación del derecho sindical en las empresas. Pero el protocolo de Grenelle no fue aceptado por los huelguistas de la Renault. La CGT se vio desbordada por la base y su dirigente, Georges Séguy, fue silbado. La maquinaria, sin embargo, no se detuvo. Ese mismo día 27 la CGT mantenía 12 mítines simultáneos en lugares diferentes de la capital (15).

Con independencia de los logros, es necesario subrayar que la huelga general mantenida durante la fase social de mayo, fue un fenómeno de indudable importancia: la mayor huelga general obrera de la historia, al menos de Francia (16). Alain Krivine, en el correr del tiempo, recreó la imagen y el espectáculo: 10 millones de trabajadores ocupando las fábricas, mientras las banderas rojas ondeaban en los tejados durante cerca de tres semanas (17).

La fase política

Por último la fase política, del 27 de mayo al 23 de junio. La fase política queda asociada al *desbordamiento* del poder, cuya sucesión parecía abierta. Las fuerzas contestatarias carecen, sin embargo, de la unidad requerida para hacer fructificar la situación. Los obreros desconfían de los estudiantes. La CGT y el PC, hostiles al *gauchisme*, apuestan por el mantenimiento del poder establecido antes que por lo desconocido. Por su parte, la población y la opinión pública se cansan de un desorden que comienza a tener consecuencias dramáticas. Los hechos así lo manifestaron.

El 27 de mayo, en un mitin en el estadio Charléty, los estudiantes y obreros reclaman reformas profundas, pero se respira desconfianza entre ellos; para algunos se trata de una reunión antiobrera. Mendès France, aclamado por la multitud asistente,

(15) G. SÉGUY: *Le Mai de la CGT*, Julliard, París, 1972. R. MOURIAUX: «Le Mai de la CGT: Les masses en mouvement sans issue politique», en MOURIAUX, PERCHERON, PROST y TARTAKOWSKY, vol. 2, págs. 15-34.

(16) L. SALINI: *Mai des prolétaires*, Les Editions Sociales, París, 1968. F. MASSOT: *La grève générale*, Informations Ouvrières, París, 1969. J.-M. LEUWERS: *Un peuple se dresse. Luites ouvrières. Mai 1968*, Les Editions Ouvrières, París, 1969. M. COHEN: *Le bilan social de l'année 1968*, Ed. de la Vie Ouvrière, París, 1969.

(17) A. KRIVINE y D. BENSARD: *Mai si! 1968-1988, rebelles et repentis*, PEC-La Brèche, Montreuil-sous-Bois, 1988.

rehúsa tomar la palabra. Al día siguiente en una conferencia de prensa, Mitterrand reclama un gobierno provisional bajo la presidencia de Mendès France, mientras él se declara candidato a la presidencia de la república. Había que unir a la izquierda (18). El PC habla de *gobierno popular*.

El 29 se produce la *desaparición* del general De Gaulle. Se había ausentado de Francia para entrevistarse con el general Massu, comandante de las fuerzas francesas en Alemania (19). Según *France-Soir*, De Gaulle estaba en Colombey «para tomar una decisión». Algunos juzgaron que el poder estaba vacante. La CGT reúne en una manifestación a 300.000 personas. El slogan *gobierno popular* es retomado con fuerza, con variantes explícitas: «Mitterrand, pas de manoeuvres», nada de maniobras.

En un momento —entre el 27 y el 29 de mayo— la credibilidad del gaullismo se había desmoronado. Pero el 30 de mayo, después del golpe de teatro del misterioso viaje a Alemania, De Gaulle retoma la iniciativa y anuncia la disolución de la Asamblea Nacional lanzando una llamada a la acción cívica de los franceses. Por la tarde, unos 500.000 gaullistas se manifiestan en los Campos Eliseos. Malraux figura en la cabecera de la manifestación.

De Gaulle pudo recuperarse porque convirtió la situación en una defensa del *orden* contra la *revolución roja*. Ante la aparente inminencia de un frente popular encabezado por los comunistas, un régimen conservador podía jugar por fin su baza: el miedo a la revolución (20).

Las huelgas y las ocupaciones irán cesando progresivamente mientras los partidos preparan las elecciones. El movimiento estudiantil, que ya había manifestado signos de fatiga en Charléty, pierde progresivamente su mordiente. Poco a poco las universidades vuelven a la normalidad. El 16 de junio la Sorbona es evacuada. El 18 se vuelve al trabajo en la Renault.

El desenlace

El desenlace de los hechos tuvo dos tiempos: uno inmediato y otro más retardado.

Las elecciones del 23 y 30 de junio de 1968 fueron las elecciones del miedo. Los electores espantados por los aspectos revolucionarios de la crisis de mayo votaron masivamente a los candidatos gaullistas de la UDR (*L'Union pour la défense de la République*). En la segunda vuelta este partido alcanzó la mayoría absoluta (293

(18) P. MENDÈS FRANCE: *Pour préparer l'avenir*, Denoël, París, 1968. F. MITTERRAND: *Politique*, Fayard, París, 1969.

(19) J. MASSU: *Baden 68: souvenirs d'une fidélité gaulliste*, Plon, París, 1983. *Avec de Gaulle: du Tchad 1941 à Baden 1968*, Éd. du Rocher, Monaco, 1998.

(20) HOBBSBAWM, pág. 186. R. REMOND: «La droite en mai-juin 68», en MOURIAUX, PERCHERON, PROST y TARTAKOWSKY, vol. 2, págs. 217-28.

sobre 487 escaños, a los que todavía había que sumar los 61 escaños de sus aliados republicanos independientes). Una mayoría más fuerte que nunca. En sus discursos De Gaulle se siguió presentando a sí mismo —al igual que en los tiempos de la Resistencia y de la guerra de Argelia— como el único inspirador de la renovación. Y ése fue su error.

El propósito de De Gaulle de responder a la crisis relanzando el régimen a través del tema de la participación —la autonomía de las universidades y la reforma regional— resultó insuficiente. La reforma suponía una alteración de la Constitución y la oposición se movilizó para el referéndum convocado para abril de 1969 que debía aprobarla. El miedo al vacío político ya no existía. La conjunción de las oposiciones, incluida la del antiguo aliado Giscard d'Estaing, hizo que el referéndum fuera un fracaso para el Gobierno y que De Gaulle dimitiera al día siguiente, retirándose de la vida política.

LAS INTERPRETACIONES: PENSAR EL 68 FRANCÉS

Tras los hechos, vayamos a las interpretaciones. En uno de los análisis inmediatos más lúcidos del 68, Touraine insistió en que el movimiento de mayo abría «un nuevo período en la historia social», aunque consideraba que no podía analizarse a partir de las palabras de los propios revolucionarios de mayo. Pienso, sin embargo, que es preciso dar voz a los actores si se quiere pensar o repensar el mayo francés. La voz de los observadores o analistas no puede anular la voz de los actores, la voz de los estudiantes en primer lugar (21).

La voz de los actores

Los estudiantes, el grupo motor de la crisis, no formaban un grupo unificado ni estructurado. No eran tanto un actor como la expresión de un medio social o de un ambiente, aunque no faltaran dentro de ese ambiente pequeños grupos revolucionarios —actores más dinámicos— que pusieron voz a los sucesos —el Movimiento de 22 de marzo— o que protagonizaron las primeras lecturas de los acontecimientos —como fue el caso de troskistas, maoístas o anarquistas (22).

El Movimiento de 22 de marzo, aunque fuera un movimiento poco numeroso y efímero, puesto que desapareció poco después de la convocatoria de elecciones es un referente inexcusable. Su *Boletín* es claro desde el principio respecto a la estrategia y objetivos del movimiento estudiantil. «Esperamos difundiendo este boletín contribuir a la extensión a otras facultades de la agitación estudiantil con el fin de

(21) M. PIQUEMAL: *Paroles de mai*, Le Grand livre du mois, París, 1998.

(22) C. PRÉVOST: *Les étudiants et le gauchisme*, Les Editions Sociales, París, 1969.

que la crítica de la Universidad pueda desembocar en una acción política radical y permanente en el marco de la Universidad crítica». Algunas experiencias italianas y alemanas latían en la formulación.

Hay que hacer notar que la falta de posteridad directa en el campo político del Movimiento de 22 de marzo después de 1968 no dice nada en su contra, y que tal vez por eso mismo refleje bien el espíritu del movimiento estudiantil.

La aspiración del *Boletín* se recogerá también fuera de Francia. El *Manifiesto del Grupo Cero*, por ejemplo, difundido en Madrid en 1969, respira el aire y el lenguaje francés. No es una construcción propia nacida de la lucha contra el franquismo. «La historia de la humanidad es la historia de su frustración», comienza el manifiesto. «El vertiginoso desarrollo de las fuerzas productivas que caracteriza nuestra etapa histórica parecía sentar las condiciones para la progresiva liberación de la humanidad, para la aparición de una civilización no represiva.» Pero no ha sido así. «El lenguaje, las palabras, se han convertido» —se lee— «en inapreciables instrumentos para los exorcismos anestésicos de oligarquías, burocracias y jerarquías de todo tipo, que nos han creado un vacío universo conceptual donde amor, libertad, socialismo, emancipación, justicia, etc., carecen de todo contenido preciso». «La estructura de la enseñanza» —se decía más adelante— «es un sistema de verdades cerradas, apologético y dogmático. El catedrático repite vitaliciamente su tesis doctoral. Los problemas actuales son sistemáticamente ignorados. Nuestra cultura es una cultura necrófila. Nuestra universidad apesta a cipreses y formol». «No son palabras nuestras», se decía al final. «Sólo son expresiones que lleva el viento de nuestra generación» (23).

Pero el lenguaje del 68, antes que en boletines, papeles y manifiestos, se expresó en los muros de París. Para que las palabras no se las llevara el viento. Aquellos eslóganes del Barrio Latino dieron la vuelta al mundo. Los muros tienen la palabra (24):

«La mercancía, la quemaremos».

«La burguesía no tiene otro placer, que el de degradarlos todos».

«De Gaulle, no. Mitterrand, no. Poder popular, sí.»

«Todo el poder a los consejos obreros».

Otros apuntaban más directamente el espíritu de la revuelta:

«Prohibido prohibir».

«La Revolución debe hacerse en los hombres antes de realizarse en las cosas».

«Cuánto más hago la revolución más ganas tengo de hacer el amor».

«Construir una revolución es también romper todas las cadenas interiores»

«Seamos realistas pidamos lo imposible»

«La imaginación al poder»

«¡Eliminad a los burócratas! ¡Basta de actos, palabras!»

(23) Documento original, archivo del autor.

(24) *Les murs ont la parole*, Tchou, París, 1968. *Interdit d'interdire: les murs de mai 68*. Textos introducidos por M. Lévy, *l'Esprit frappeur*, París, 1998.

«Hablad a vuestros vecinos».

La palabra suspendida en los muros, alimentó la memoria de lo que fue «durante algunos días una vida nueva, una alegría floreciente, un desgarro, pero de luz, e incluso una especie de paz. *L'homme fini* [el hombre disminuido y acabado] de ciertas filosofías del siglo, y que según otros debía morir, estaba bien muerto, pero nosotros éramos un poco infinitos», expresaba Clavel en *Le Nouvel Observateur* (10 de julio de 1968).

Es el espíritu de aquella noche mágica de las barricadas. Un lenguaje vital y optimista —la juventud del *baby-boom*— que establece cercanías y distancias con el existencialismo de posguerra. Es necesario recordarlo precisamente porque la intelectualidad consagrada de izquierda no desempeñó ningún papel significativo en los sucesos de mayo: Sartre reconoció este hecho adoptando una actitud modesta ante Cohn Bendit; se limitó a entrevistarle y a reflejar luego su percepción de los hechos (25).

El lenguaje del 68 expresa un aire de libertad, un ansia de vivir y de cambiar el mundo, que caracterizó igualmente el clima intelectual de posguerra. El 68 introduce, sin embargo, un cierto optimismo frente al existencialismo pesimista de posguerra. El deseo de ruptura con el pasado inmediato y lejano no se acompaña esta vez de un sentimiento de angustia y absurdo. El 68 queda, en ese sentido, mucho más próximo —si se quiere establecer un diálogo con las fuentes intelectuales— del optimismo de Marcuse.

Marcuse es para muchos el profeta del 68 por haber sido capaz de intuir diez años antes, en pleno apogeo de la sociedad industrial avanzada, los gérmenes de la crisis del 68, la profunda insatisfacción que esa sociedad producía. Su rasgo de optimismo le lleva a ver en la cultura de la sociedad industrial avanzada una perversión de los ideales ilustrados —reversible por tanto— y no un consecuente desarrollo de la idea moderna de razón. La razón es necesariamente revolucionaria, es una razón que constata la contradicción existente entre lo real y sus potencialidades por realizar, dice (26).

El hombre unidimensional signo de la cultura y sociedad contemporáneas —presentaba Marcuse en 1964— era la plasmación de esa razón pervertida que renuncia a desenmascarar la insuficiencia de lo dado respecto de lo que debe llegar a ser real. La unidimensionalidad funcional era un modo de pensar porque había llegado a ser en nuestras sociedades un modo de ser. El hombre unidimensional era el producto de la sociedad de consumo. En ella —explicaba Marcuse— queda reducido al mínimo el contraste o conflicto entre lo dado y lo posible, entre las necesidades satisfechas y las no satisfechas. La *conciencia feliz* es el resultado de la propia atrofia mental. El problema de nuestra cultura —establece Marcuse— es que ha anulado los deseos de algo diferente.

(25) J.-P. SARTRE: *Les communistes ont peur de la révolution*, Didier, París, 1968.

(26) Véase J. HERNÁNDEZ-PACHECO: «Herbert Marcuse: eros y razón dialéctica», *Corrientes actuales de filosofía*, vol. I, Tecnos, Madrid, 1996, págs. 111-157.

El espíritu del 68 —en ese sentido— expresa una sensibilidad común, una vivencia sentida universalmente, vitalmente, por toda una masa juvenil, ilusionada, dispuesta a transformar, al menos en sí misma un mundo de valores que entendían como alienantes y acabados. Es ese *deseo infinito* de superar una historia de frustración; de forjar una *civilización no represiva* (que manifestaba aquel escrito el Grupo Cero, siguiendo las pautas del Movimiento 22 de marzo). De ahí la desconfianza hacia los viejos partidos y organizaciones, incluido el PC. Ahí se inscribe también la demanda estrictamente universitaria: vivificar la universidad, inseparable de la necesidad de vivificar el lenguaje y de delimitar un lugar cierto para él (siguiendo la filosofía mencionada de la barricada). El 68 supone un compromiso contra el conformismo y el consumismo, un compromiso con la palabra y con el amor verdaderos.

También en este último punto adquiere predicamento el pensamiento de Marcuse. Marcuse habla del Eros más que de libido. El refinamiento opresivo de la sociedad industrial avanzada ha pervertido la libido hasta llegar a ser aquello que el sistema fácilmente satisface: un objeto de consumo. El Eros se plantea entonces como una potencia alternativa, un deseo de plenitud que es precisamente la clave para la apertura del hombre. No es la espiritualización del erotismo.

Se trata de una apertura de la corporalidad más allá de sí, de una universalización de sus instintos que establece una esencial continuidad entre cosas tales como hacer el amor, cuidar un jardín, leer poesía y conmoverse por la miseria ajena. «Cuánto más hago la revolución más ganas tengo de hacer el amor», decían los muros de París.

Las primeras lecturas

Al margen del Movimiento de 22 de marzo, los otros actores más dinámicos del 68 se hicieron oír sobre todo al término de los acontecimientos, mucho más que en el curso de los mismos, y con ánimo de lanzarse mutuas acusaciones, antes que de componer una primera lectura global de los hechos. Los núcleos *gauchistes* proyectarán la imagen troskista de la revolución traicionada. Los viejos partidos y organizaciones de izquierda, por su parte, por encima de cualquier otra consideración, alimentarán la idea del 68 como un movimiento de masas sin precedentes. Conviene detenerse brevemente.

El único denominador común del conjunto de los grupos *gauchistes* fue, en efecto, denunciar a las fuerzas de izquierda tradicionales —el PCF y la CGT— culpables a sus ojos de haber traicionado las potencialidades revolucionarias del movimiento. Situacionistas, maoístas y troskistas resumen las principales posturas (27).

(27) Véase J. CAPDEVIELLE y R. MOURIAUX: *Mai 68. L'entre-deux de la modernité. Histoire de trente ans*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 1988, págs. 180-190.

El situacionismo —asociado a la Internacional Situacionista creada en 1957 para la superación del arte a través de la revolución— defendió la lengua viva de los lemas de mayo frente a la lengua muerta de los grupúsculos izquierdistas. Desde una clara sensibilidad anarquista condenan el leninismo, el troskismo o el maoísmo. El situacionismo tuvo audiencia en el medio estudiantil, pero no atribuía a los estudiantes un papel revolucionario. De hecho, para ellos, «el movimiento de mayo no fue un movimiento de estudiantes. Fue un movimiento revolucionario proletario». La crítica ambivalente que hicieron de la modernidad contribuyó a configurar una interpretación de mayo en términos de acontecimientos portadores de una modernidad crítica que contendría ya su superación (28). En este punto, no el primero, aletea el espíritu de Marcuse.

Por su parte, los maoístas concentraron sus críticas, en nombre del leninismo, sobre el PCF y la CGT. Antes de mayo 68 los maoístas adoptaron posturas obreristas que les apartan de las luchas estudiantiles. De hecho —lo hemos visto— tardaron en participar en el movimiento. Divididos respecto al lugar de los estudiantes progresistas en el movimiento revolucionario, después de los acontecimientos los maoístas les reconocen un papel indispensable. «La fusión de estudiantes y trabajadores es la clave de la Revolución en Francia», afirmarán, como si a toro pasado quisieran establecer algún tipo de paralelismo con la revolución cultural china.

Finalmente los grupos troskistas son los más numerosos y también los más divididos entre sí. Ocupan la primera línea política en el Barrio Latino en mayo, pero con notables diferencias. La FER (la Federación de Estudiantes Revolucionarios), por ejemplo, solicitó el 10 de mayo a los estudiantes que se dispersaran hasta que los obreros se sumaran al movimiento; rechazaron el enfrentamiento con la policía y abandonaron el Barrio Latino cuando éste fue sitiado en aquella noche mágica de las barricadas. Esa actitud explica su aislamiento posterior. La JCR (la Juventud Comunista Revolucionaria) fue, entre los troskistas, el grupo que mejor atraviesa la tormenta del 68. Para ellos el movimiento estudiantil actuó en el curso de esos días, como sustituto provisional de un partido de vanguardia, con una clara conciencia de sus límites. No hubo ni tendría lugar una fusión de estudiantes y obreros.

Por el lado de las viejas organizaciones de izquierda, el margen de maniobra del PCF y de la CGT en su interpretación de los acontecimientos fue pequeño pues tuvieron que responder a una doble ofensiva: al discurso de la derecha, especialmente con ocasión de la campaña electoral, que agita el espectro de un golpe de fuerza comunista buscando su aislamiento en el seno de la izquierda; y al conjunto de las críticas de los *gauchistes*, que les acusan de haber traicionado la revolución (29).

Frente a esa doble ofensiva optaron por primar la lucha contra los *gauchistes*. En su disección del movimiento estudiantil distinguen entre la masa de los estudian-

(28) P. DUMONTIER: *Les Situationnistes et mai 68: théorie et pratique de la révolution: 1966-1972*, G. Lebovici, París, 1990. *Enragés et situationnistes dans le mouvement des occupations*, Gallimard, París, 1998.

(29) CAPDEVIELLE-MOURIAUX: págs. 190-3.

tes —sinceramente deseosos, según ellos, de una alianza con la clase obrera— y los militantes *gauchistes* —manipulados por el poder y deseosos de aprovechar en beneficio propio esa alianza. Pero, por encima de todo —como se ha dicho antes—, el PCF y la CGT insistirán en la importancia de la movilización obrera: su amplitud no tenía precedentes hasta el momento, incluidas las huelgas de 1936 y el Movimiento de Liberación.

El debate pos-sesentayocho

Las lecturas inmediatas del 68, que acabamos de ver, se solapan con el debate que los treinta gloriosos y la consolidación del capitalismo habían motivado dentro del marxismo. El debate, aunque efímero, fue intenso, y se tuvo la impresión de una profunda renovación del pensamiento revolucionario. El 68 jugó ahí un papel catalizador. La imagen de la *revolución del 68*, haciendo lucir el mito de la barricada, activó después de los sucesos la reflexión de los intelectuales. El movimiento activa el pensamiento y no al revés. Con pocas excepciones.

En el caso del marxismo, la percepción del fracaso del movimiento de mayo puso de manifiesto la necesidad de teoría, sobre todo si quería ampliar su audiencia dentro de las clases medias, vehículo de la revolución cultural en curso. Las posiciones de Althusser serán contestadas por Castoriadis y el problema del sujeto que incorporaba el regreso de la revolución será reconceptualizado, a la luz de los sucesos de mayo, por un Touraine inspirado en Castoriadis. En el terreno de las ideas, Marcuse había sido realmente el profeta. Es necesario precisar este debate pos68.

La relectura de Marx emprendida por Althusser desde principios de los sesenta había tenido como objeto político fundamental la lucha contra el revisionismo ideológico, que amenazaba según él a todo el movimiento revolucionario. La originalidad del marxismo estaba para Althusser en lo que tiene de *antihumanismo teórico*, alejado de todo humanismo filosófico de la persona, del signo que sea: socialista, liberal o cristiano; el humanismo es políticamente desmovilizador. El marxismo es (debe ser) revolucionario. El verdadero sujeto de la historia no es el hombre, ni siquiera lo son las masas, sino la lucha de clases. Ese proceso sin Sujeto es la base del antihumanismo teórico de Marx. La mente de Althusser reaccionaba así contra la atmósfera de posguerra especialmente cargada de humanismo personalista. Después del 68, y a su luz, Althusser se interesará de un modo particular por los análisis de Gramsci, aunque la lectura que hizo de él no oculte las diferencias y las críticas (30).

Hay que decir que la originalidad y aportación de Althusser al 68, su importancia misma en el debate pos68, ha sido tal vez exagerada. En el fondo, posiblemente hay que reconocer la superficialidad de la cultura marxista en Francia. Las elites de

(30) L. ALTHUSSER: *Pour Marx*, F. Maspero, París, 1965. Con ÉTIENNE BALIBAR, *Lire «Le Capital»*, F. Maspero, París, 1965, 2.^a ed. 1968. *Lénine et la philosophie*, F. Maspero, París, 1969. *Éléments d'autocritique* [seguido de] *Sur l'évolution du jeune Marx*, Hachette, París, 1974.

1968 pudieron declararse marxistas, pero esa autodenominación invita a la deconstrucción. Ahí entra mucho de sartrismo, mucho de rechazo del dogmatismo estalinista y, en algunos casos, también de nueva retórica althusseriana. El reino del marxismo en Francia a finales de los años sesenta tiene bastante de mito. Es preferible hablar de cultura marxizante y reconocer los límites.

Contrariamente a las propuestas althusserianas de un neomarxismo revolucionario, Castoriadis va a defender el abandono de Marx en favor de la revolución. El proyecto de una vuelta a Marx le parece fuera de lugar. El marxismo —según él— se había convertido bajo el revestimiento de una teoría revolucionaria en una ideología en el sentido que daba Marx a la expresión, y había podido así engendrar o confortar prácticas totalitarias. Con antelación a 1968 Castoriadis había tomado partido: «Partidos del marxismo revolucionario —decía en 1965—, hemos llegado a un punto donde se hace necesario elegir entre permanecer marxistas y permanecer revolucionarios» (31).

La verdad marxista, según la cual la clase obrera era el sujeto histórico de la Revolución, comenzó pues a resquebrajarse antes del 68. El fuerte crecimiento económico y el progreso del consumo de masas de los años cincuenta y sesenta trajeron un debilitamiento sensible de los particularismos sociológicos del mundo obrero. Es la tesis muy repetida de Aron: la cuestión obrera se resuelve por sí misma, sin crisis mayor, ni a la postre revolución. De ahí la propia visión de Aron acerca del 68 negando su carácter revolucionario (32).

En ese mismo contexto, Marcuse —como se encargó de recordar Marchais al comienzo de los sucesos de mayo— extrajo la conclusión de que la clase obrera había dejado de ser el sujeto revolucionario. Pero, pese al carácter profético de su pensamiento, tan reiterado, no se puede obviar que las obras de Marcuse, traducidas tardíamente en Francia, tuvieron mayor importancia en el contexto pos68 alimentando retrospectivamente, en cierta forma, el debate.

Fue Alain Touraine —el maestro de Cohn Bendit en Nanterre— quien a impulsos del 68 más firme se mostró en la descalificación de la clase obrera como actor del cambio social. Desde 1966 venía insistiendo en que la expresión conciencia obrera era cada vez más inadecuada (33). Dando la vuelta completamente a la perspectiva tradicional de la izquierda, según la cual existe una lucha central —la de la clase obrera contra la explotación económica— y de otra parte luchas periféricas —las de las minorías oprimidas—, Touraine —en consonancia con Marcuse— concede a los frentes secundarios el lugar central. El movimiento obrero no será ya el actor principal de la sociedad que se está formando ante nuestros ojos —considera Touraine—. Los nuevos movimientos sociales (el feminismo, el movimiento de las

(31) C. CASTORIADIS: «Marxisme et théorie révolutionnaire» (1965), reproducido en *L'institution imaginaire de la Société*, Seuil, París, 1975. *L'Expérience du mouvement ouvrier*, Union Générale d'Éditions, París, 1974.

(32) R. ARON: *La révolution introuvable*, Fayard, París, 1968.

(33) A. TOURAINE: *La Conscience ouvrière*, Seuil, París, 1966.

regiones y de las naciones, el movimiento ecologista) surgirán de otros medios y «no se orientarán a la toma del poder sino al cambio de la sociedad», concluye. Ésa era la lección del 68 (34). No se trataba de inmortalizar —podemos decir— la desaparición del sujeto (como pretendió Althusser reverdeciendo la teoría marxista) sino de constatar la aparición de nuevos movimientos sociales como actores colectivos y motores del cambio social.

A partir de esos análisis, los partidos comunistas europeos procederán en los años setenta al abandono del concepto de dictadura del proletariado, mal que le pese a Althusser.

De la dictadura del proletariado al ideal autogestionario. Ausente del debate político hasta mayo del 68 (fuera de los textos confidenciales de *Socialismo o Barbarie*, el grupo dirigido por Castoriadis y Claude Lefort) la temática de la autogestión adquiere nuevo vigor en el espacio ideológico pos68. Desempeña una clara función: testimonia un anclaje en la izquierda —con toda una tradición en el pensamiento político desde el siglo XIX— al tiempo que supone una neta afirmación de identidad frente a los teóricos del *socialismo real*.

La autogestión, contemplada como modelo de sociedad diferente, radicalmente incompatible con la sociedad capitalista o tecnocrática. Después del 68 el acento recae fundamentalmente en la *afirmación de las diferencias*. El socialismo autogestionario se autocomprende como el desarrollo de las libertades reales como consecuencia del estallido de las estructuras de poder (descentralización territorial, empresas autogestionadas, maduración del fenómeno asociativo).

La perspectiva histórica

Pero el tiempo no se detiene. En sus distintas vertientes, el *gauchisme* político y el mismo debate ideológico que siguió a la rebelión estudiantil y la huelga obrera, se diluyeron con relativa facilidad. Después de haber sido sobrevalorado, el izquierdismo pos68 fue desconsiderado y casi denigrado. Eso mismo hizo que al filo de los años, al ritmo de la conmemoración, los sucesos de mayo continuaran siendo una fuente de controversia. Antiguos sesentayochistas justificaron su reconversión y los liberales recuperaron el acontecimiento en beneficio propio. El diálogo que mantuvo Luc Ferry —situado dentro de la tradición liberal— con Castoriadis a finales de los ochenta fue significativo al respecto. Introduce, por una parte, la perspectiva histórica en la lectura de los acontecimientos y sustrae, por otra, el debate del cuadro marxista-libertario en que había quedado inscrito el 68, lo que hace posible una interpretación del acontecimiento más abierta al pensamiento liberal.

(34) A. TOURAINE: *Le mouvement de mai ou le communisme utopique*, Seuil, París, 1968. *La Société post-industrielle*, Denoël, París, 1969. *Production de la société*, Seuil, París, 1973. *Lettres à une étudiante*, Seuil, París, 1974. *Mort d'une gauche*, Galilée, París, 1979. *L'Après-socialisme*, B. Grasset, París, 1980.

Mayo del 68 fue para Luc Ferry un movimiento individualista situado a mitad de camino entre las grandes revoluciones del siglo XIX y el nuevo individualismo de los años ochenta, de signo preferentemente narcisista. Los años ochenta se acercan así a la *verdad* del 68 y no supondrían tanto su fracaso más manifiesto —como otros vieron. El 68 constituye, en primer término, una repetición de esas revueltas o revoluciones que no llegan (de ahí su repetición) ni a romper el sistema que rechazan ni a consolidarlo, ni a inscribirse verdaderamente en formas institucionales nuevas.

Las dos características fundamentales del individualismo revolucionario son: *igualdad contra jerarquía, libertad contra tradición* (el individualismo apunta a la abolición de las tradiciones y las jerarquías en nombre de la igualdad y de la libertad entendida como autonomía). Y el 68 es precisamente eso —sostiene Ferry—: la protesta y rebeldía contra todo lo jerárquico y tradicional, es un movimiento antijerárquico y antitradicional (35). Aun reconociendo el carácter antijerárquico y antitradicional del 68, Castoriadis, uno de los raros intérpretes del 68 que ha sido profundamente fiel hasta su muerte a lo que ya dijo en 1968, define la principal oposición a este planteamiento.

Para Castoriadis el movimiento del 68 tuvo un carácter más político que social. Después del 68, no era posible el regreso al individualismo liberal de la sociedad de consumo —afirmaba Castoriadis entonces en *La brèche*—. La tranquilidad —el conformismo— de la sociedad capitalista y el crédito del gaullismo habían sido destruidos; los políticos de la izquierda tradicional, desplazados; las *autoridades* y los *valores*, a todos los niveles, habían sido denunciados y anulados. «Pasarán años antes de que la enorme brecha abierta en el edificio capitalista haya sido colmada —en el caso de que pueda serlo», concluía Castoriadis a finales de 1968. El horizonte que se dibujaba entonces ante sus ojos era la sociedad autogestionaria (36).

Para Luc Ferry Mayo 68 no fue un movimiento político que habría fracasado, sino un movimiento social que triunfó más allá incluso de lo previsible. Para Ferry lo esencial de mayo no reside en el *contenido* de las utopías *gauchistes* sino en las *exigencias* puras del individualismo democrático. Ésa es la razón por la que mayo del 68 no se encarnó *políticamente* sino *socialmente*, especialmente en la formidable liberación de las costumbres que se produjo. Ésa era la verdad de mayo: si era esencial para la Revolución Francesa encarnarse en la República, no lo era para mayo del 68 encarnarse en la autogestión (37).

Hay que notar que los planteamientos de Castoriadis y Ferry no son del todo excluyentes. El 68 aparece impregnado de un cierto relativismo, que no es sino una evolución posible del individualismo democrático, que viene a radicalizar el proce-

(35) L. FERRY y A. RENAUT: 68-86. *Itinéraires de l'individu*, Gallimard, París, 1987, págs. 14, 18, 31-5, 44.

(36) E. MORIN, C. LEFORT y J.-P. COUDRAY: *Mai 68: la brèche*, Fayard, París, 1968. C. CASTORIADIS: «Les mouvements des années soixante», en AA.VV., «Mai 68», *Pouvoirs*, 39, 1986. E. MORIN, C. LEFORT y C. CASTORIADIS: *Mai 68: la brèche. Vingt ans après*, Complexe, Brusclas, 1988.

(37) FERRY-RENAUT, 1987, págs. 57-8, 60-1, 70-1.

so de atomización de lo social. La ausencia de *verdades madres* favorece la disgregación de la comunidad. La crítica de las tradiciones hace aflorar como consecuencia una *cultura de la autenticidad* donde el ser uno mismo en su propia singularidad se convierte en el valor supremo. Frente a la norma exterior, sea cual sea, se reivindica el derecho a afirmar la *diferencia*, sea cual sea. Desde esta perspectiva, la expresión cuenta más que el contenido expresado, el hecho de tener opiniones más que las opiniones formuladas, y las normas de vocación universal desaparecen en beneficio de los particularismos.

Es la guerra contra la uniformización y la cosificación. Pero lo que se rompe en ese empeño no es solamente el tejido social, sino la posibilidad misma de comunicación en el espacio público, si se tiene en cuenta que los juegos de discusión no deben tener como simple objetivo la expresión de las opiniones sino su confrontación. Así —y por paradójico que pueda resultar respecto a la atmósfera vivida del 68— al conformismo derivado de los grandes dogmas ideológicos de la guerra fría y de su coexistencia pacífica con el crecimiento económico, se opone un relativismo que acabará generando un nuevo conformismo, una nueva actitud conformista: la instalación en el presente sin mayores expectativas de futuro. El sentimiento sustituye a la razón. El sentimiento que activa la imaginación, sí, pero que finaliza por arrumbar la utopía entendida como exaltación del poder transformador de la razón. La obra, las consecuencias del 68 se vuelven así a la postre contra la doctrina del profeta Marcuse.

Desde esta perspectiva no tiene excesivo sentido la discusión sobre las fuentes intelectuales del 68. Sería falaz establecer un vínculo entre los acontecimientos y una constelación de intelectuales en el fondo extraña a esos hechos como Althusser, Bourdieu, Lacan, Foucault, Derrida o Deleuze. Castoriadis subrayó a finales de los ochenta este aspecto por más que Luc Ferry no haya dejado de precisar el pensamiento del 68, la relación de esos autores con el movimiento, aunque sin pretender establecer un vínculo de naturaleza causal (38). Mucho antes que con la filosofía, se puede establecer una relación entre el cine y el 68.

Régis Debray —alumno de Althusser, guerrillero del Che y en los noventa colaborador de Mitterrand— anunciaba antes del 68: «después de los antiguos de Verdun, Mathausen e Indochina, nosotros seremos los excombatientes de la Filmoteca». «El dolor que sufrimos permanece en el cine y, por tanto, en silencio», manifestaba a su vez Godard. El cine ha sido el reino de este mundo para una generación. Un mundo más real que el discurso de los políticos, que la crítica de la oposición. La ficción del cine se antojaba terriblemente verdadera. El gran ojo del cine —había sentado Morin— eleva lo real e irreal, el presente y lo vivido, el recuerdo y el sueño, a un mismo nivel, el nivel del imaginario, tan mitómano como lúcido (39). El cine fue un consuelo mayor, a la espera de la revolución.

(38) L. FERRY y A. RENAUT: *La pensée 68. Essai sur l'anti-humanisme contemporain*, Gallimard, Paris, 1985.

(39) E. MORIN: *El cine o el hombre imaginario. Ensayo de antropología*, Seix Barral, Barcelona, 1961.

Malraux, en aquella conversación que mantuvo con Max Torres durante los sucesos de mayo, comentó: esto del 68 no es una revolución, las revoluciones no se hacen con imaginación sino con organización y con armas; esto es una película o, más bien, el ensayo general para una película.

El 68 fue, es verdad, una generación de *izquierdistas cinéfilos* (40).

EL BALANCE

La originalidad y complejidad del 68

Es hora de concluir y de hacer un balance. Mayo del 68 constituyó para una generación un hito fundamental. Se asistió a una crisis cultural, política y social de una extraordinaria virulencia, que era al mismo tiempo, paradójica, puesto que la crisis se producía sin que hubiese ni crisis económica ni paro, en medio de ese largo período de auge económico que se llamó los treinta gloriosos.

El 68, que desde el comienzo se autoproclamó origen y originario, constituye un movimiento social nuevo, que surge no de los márgenes de la sociedad, sino del centro, de las clases medias. El protagonista de mayo no fue la clase obrera, aunque desempeñara un papel principal.

Fenómeno, epifenómeno, paréntesis, ruptura, momento o éxtasis, el 68 constituye un acontecimiento enorme, irreductible a una dimensión única, y de gran complejidad a la hora misma de establecer y caracterizar a los actores reales.

La superposición de planos

La singularidad de la tormenta del 68 reside en la conjunción de dos crisis principales —la crisis estudiantil y la social— que no llegaron a fusionarse. La conjugación incompleta y conflictiva, cierto, pero objetiva del impulso estudiantil y del empuje obrero supone una profunda novedad, la principal diferencia del 68 francés respecto a otros países, sobre todo Estados Unidos.

En cualquier caso, las dos perturbaciones —provocadas por los estudiantes y los obreros— se entremezclaron pero no llegaron a asociarse y coincidir realmente, lo que evitó probablemente la formación de un verdadero ciclón. Ello obedeció en parte a propia división interna de estudiantes y obreros.

La lucha de los estudiantes carecía de un proyecto común. Para unos la Universidad era irrecuperable y solo cabía unirse a la clase obrera si no se quería que el movimiento se pudriese y se apagase la llama revolucionaria. Otros soñaban con una reforma democrática del sistema de educación que aproximara la enseñanza a la vida.

(40) ALBIAC: pág. 97.

Aunque luego ensalzase la amplitud del movimiento, el Partido Comunista fue a la zaga de las masas. No supo reconocer que el movimiento estudiantil iba en serio hasta que las barricadas estuvieron levantadas. Ni que los obreros estaban dispuestos a llevar a cabo una huelga general indefinida hasta que las ocupaciones espontáneas obligaron a actuar a los líderes de sus sindicatos, y se vio sorprendido una vez más cuando los obreros rechazaron las condiciones del acuerdo que debía poner fin a la huelga.

El 68 implica un cuestionamiento de la izquierda tradicional, de sus valores y de su comportamiento burocráticos. Aun así, no se puede obviar la importancia del papel del Partido Comunista en mayo. Fue la organización civil y el componente de la oposición política que mayor influencia y sangre fría demostró. Al comenzar su revuelta los estudiantes eran hostiles tanto a De Gaulle como al Partido Comunista, pero no sucedía así en el caso de los obreros. El Partido Comunista estuvo en condiciones de actuar y actuó (41).

Por encima del problema de su articulación y entendimiento, lucha estudiantil y huelga obrera conforman un movimiento social cuya dimensión objetiva pone en jaque al poder y, aunque únicamente sea por ese título, merece el nombre de movimiento político.

El fracaso o triunfo del movimiento

El debate sobre el desajuste entre la amplitud del movimiento y la debilidad de los resultados, como forma de abonar el fracaso del 68, es un falso debate. Parece razonable —y no es un hecho de escasa monta— atribuir a Mayo del 68 la marcha del general De Gaulle en abril de 1969.

No se pueden negar, en cualquier caso, los efectos ideológicos del 68. El 68 produce una auténtica y fuerte sacudida ideológica. Ideas autogestionarias, relanzamiento del feminismo, aspiraciones regionalistas, crítica del capitalismo, entre otros, son temas que maduran a partir de la simbólica de las barricadas y las ocupaciones de las fábricas.

También es cierto que ese discurso inducido por el 68 acaba nublando la percepción real de la propia atmósfera del 68. La Utopía del Amor y la Palabra frente a la Civilización de la razón instrumental, que, instalada en el conformismo, parece detener el tiempo sustrayendo el futuro del horizonte individual. Como el uniformismo de la razón ilustrada, que acabó provocando en el siglo XIX la rebelión del hombre romántico.

(41) HOBBSAWM: pág. 187. D. TARTAKOWSKY: «Le PCF en Mai-Juin 68», en MOURIAUX, PERCHERON, PROST y TARTAKOWSKY, vol. 2, págs. 141-63.

La herencia y la verdad ambiguas del 68

El 68 como universo simbólico moviliza el tiempo de la historia. Los referentes simbólicos no se agotan en 1936 ni en la historia del movimiento obrero; otros muchos signos evocan las grandes jornadas revolucionarias del siglo XIX. Al mismo tiempo, las llamadas a la liberación de las costumbres y a la igualdad de sexos, las aspiraciones a otra calidad de vida, las críticas de la sociedad de consumo, sugieren más bien la entrada en el siglo XXI.

Esta ambigüedad, tan consustancial a los acontecimientos de mayo como a la modernidad, es decisiva a la hora de establecer el balance. Los acontecimientos de mayo-junio de 1968 son ambiguos tanto si se privilegia la referencia a una tradición marxista en sí misma discutible, como si se subraya en ellos la modernidad individualista y liberal.

El 68 presenta una doble faz, moderna y posmoderna a la vez. La ausencia de un proyecto histórico global, desde el punto de vista político y social, no invalida el movimiento. Mayo del 68 —se puede convenir con Luc Ferry— no fue un movimiento político que habría fracasado, si se atiende al contenido de las utopías *gauchistes*, sino un movimiento social que triunfó empujando a la liberación de las costumbres.

Ésta es la verdad del 68 en su dimensión de *revolución individualista*. El 68 provoca una reevaluación de lo privado, lo que supone un salto adelante en la lógica individualista: el derecho a la libertad, en teoría ilimitado pero hasta ahora socialmente circunscrito a la economía, la política o el saber, se extiende a las costumbres y alcanza el ámbito de lo cotidiano (42). El 68 no fue una simple revolución sin revolución, un movimiento de comunicación antes que un enfrentamiento social e ideológico, que abriría la era narcisista, apática y desideologizada. Contra el conformismo reaccionó precisamente el 68. Otra cosa distinta es que acabe generando después otro conformismo.

Pero no se puede confundir en todo caso el conformismo con la independencia como valor. Ahí la herencia del 68 confluye con la revolución neoliberal de los años ochenta. No se puede pasar por encima del individuo: todo se vive, en último término, bajo forma de experiencia individual. La reflexión que suscita el 68 sobre el nuevo sujeto revolucionario se abre a una reflexión crítica que devuelva al sujeto individual toda su dignidad ética y teórica.

La desaparición de la conciencia de clase en el mundo obrero, la desindustrialización, el fin del militantismo, la crisis de las formas clásicas de representación por delegación, son manifestaciones a distintos niveles del ascenso de este nuevo individualismo, que exige que los individuos no sean desposeídos de sus responsabilidades propias. La generalización actual de valores como la competitividad y el éxito

(42) G. LIPOVETSKY: *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona, 1986.

personal se entienden mejor desde aquí. La sensibilidad libertaria reverdecida en el 68 al calor del crecimiento y presencia del Estado en la vida individual no ha sido, en el fondo, totalmente ajena al auge del nuevo liberalismo.

Las sociedades occidentales están procediendo a la invención de una nueva socialidad en la que el individuo independiente sea el epicentro activo (43). Una nueva matriz de organización social, que arranca de la crisis del 68, y que permita superar la oposición paralizante, en el sistema burocrático, entre el individuo y el grupo.

Aquí radica la diferencia capital entre el *individualismo posmoderno* (si se quiere denominar así) y el individualismo revolucionario: al viejo ideal jacobino de la ciudadanía activa, que acababa conduciendo a la militarización revolucionaria, el individualismo posmoderno opone la *independencia* personal como valor irrenunciable, pero sin abdicar de la presencia activa en la sociedad.

Ésta es posiblemente —desde una perspectiva histórica— la verdad última —o quizá mejor— la verdad nueva del 68.

BIBLIOGRAFÍA

- ANATRELLA, T.: *La différence interdite: sexualité, éducation, violence: trente ans après mai*, Flammarion, París, 1998.
- ARTOUS, A. (coord.): *Retours sur mai*, La Brèche-PEC, Montreuil, 1988.
- BADIE, B.: *Stratégie de la grève*, Presses de la FNSP, París, 1976.
- BARRAGÁN RICO, J. A.: *La crisis del movimiento juvenil en las sociedades capitalistas*, Edic. de la Torre, Madrid, 1979.
- BARRAU, G.: *Le mai 68 des catholiques*, Les Éd. de l'Atelier, París, 1998.
- BEDARIDA, F. y POLLAK, M.: *Mai 68 et les sciences sociales*, Institut d'histoire du temps présent, CNRS, París, 1989.
- BÉNÉTON, PH. y TOUCHARD, J.: «Les interprétations de la crise de Mai-Juin 1968», *Revue française de science politique*, 20, 1970, págs. 503-543.
- BOURDIEU, P.: *Homo academicus*, Minuit, París, 1984.
- BOUSQUET, G.: *Apogée et déclin de la modernité: regards sur les années 60*, Éd. l'Harmattan, París, 1993.
- CAMPOS PLAZA, N.: *La Prensa francesa y el movimiento estudiantil de mayo del 68: estudio lexicométrico del vocabulario*, Editorial de la Universidad Complutense, Madrid, 1988.
- CAPDEVIELLE, J. y MOURIAUX, R.: *Mai 68. L'entre-deux de la modernité. Histoire de trente ans*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 1988.
- CAUTE, D.: *Sixty-eight: the year of the barricades*, H. Hamilton, Londres, 1988.
- CLOUSCARD, M.: *Capitalisme de la séduction*, Les Éditions sociales, París, 1981.
- COMBES, P.: *La littérature et le mouvement de Mai 1968*, Seghers, París, 1983.
- DANSETTE, A.: *Mai 68*, Plon, París, 1971.
- DEBRUYNE, D.: *Mai-juin 1968, Dunkerque*, Institut régional CGT d'histoire sociale Nord-Pas-de-Calais, Lille, 1988.

(43) A. LAURENT: *Histoire de l'individualisme*, PUF, París, 1993, pág. 116.

- DELALE, A. y RAGACHE, G.: *La France de 68*, Le Seuil, París, 1978.
- DEMONET, M. y OTROS: *Des tracts en Mai 68*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 1975.
- DREYFUS, G. y GERVEREAU, L. (Dir.): *Mai 68: les mouvements étudiants en France et dans le monde*, Bibliothèque de documentation internationale contemporaine, París, 1988.
- FISERA, V. C.: *Writing on the wall. May 1968*, St Martin Press, New York, 1979.
- GALLANT, M.: *Chroniques de mai 68: récit*, Payot et Rivages, París, 1998.
- GOETZ, F.: *Mai 68: une imposture qui nous a coûté cher*, Editic, París, 1993.
- GRAIG, Ch. T.: *La rebelión estudiantil*, Plaza & Janés, Barcelona, 1969.
- GRETTON, J.: *Students and Workers: an Analytical Account of Dissent in France, May-June 68*, MacDonald and Co, Londres, 1969.
- HAMON, H. y ROTMAN, P.: *Génération; 1: Les années de réve. 2: Les années de poudre*, Le Seuil, París, 1987-88.
- HARO TECGLÉN, E.: *El 68: las revoluciones imaginarias*, El País-Aguilar, Madrid, 1988.
- HUGHES, H. S.: *Sophisticated rebels: the political culture of European dissent, 1968-1987*, Massachusetts: Harvard University Press, Cambridge, 1988.
- HUGON, J-P.: *Les trente frileuses*, G. Wern, París, 1995.
- JOFFRIN, L.: *Mai 68. Histoire des événements*, Seuil, París, 1988.
- KRAVETZ, M., BELLAI, R. y KARSENTZ, A.: *L'insurrection étudiante, 2-13 mai, ensemble critique et documentaire*, UGE, París, 1968.
- LACROIX, B.: *L'utopie communautaire*, PUF, París, 1981.
- LE GOFF, J-P.: *Mai 68, l'héritage impossible*, La Découverte, París, 1998.
- MALLET, S.: *La nouvelle classe ouvrière*, Le Seuil, París, 1969.
- MARTELLI, R.: *Mai 68*, Messidor, París, 1988.
- Mémoires de 68: guide des sources d'une histoire à faire*, Bibliothèque de documentation internationale contemporaine Lagrasse, Verdier, 1993.
- MILLÁN PUELLES, A.: *La ideología de la «protesta universitaria»*, Santander, 1969.
- MORIN, E.: *Mais*, Oswald, París, 1978.
- MOURIAUX, R., PERCHERON, A., PROST, A. y TARTAKOWSKY, D.: *1968. Exploration du mai français. 1: Terrains. 2: Acteurs*, L'Harmattan, París, 1992.
- NATAL ÁLVAREZ, G.: *La imaginación al poder y el poder de la imaginación*, Natal, Zamora, 1991.
- NIETO, A.: *Ideología y psicología del movimiento estudiantil*, Ariel, Barcelona, 1977.
- NIETO, A.: *La ideología revolucionaria de los estudiantes europeos*, Ariel, Barcelona, 1971.
- PELLEGRINI, M. (comp.): *La imaginación al poder*, Argonauta, Barcelona, 1980.
- PEYREFITTE, A.: *Le mal français*, Plon, París, 1976.
- PORTA PERALES, M.: *El gran naufragi: la crisi de la cultura progressista*, Thassàlia, Barcelona, 1996.
- RAIMOND-DITYVON, C.: *Impressions de mai: photographies prises à Paris entre le 6 mai et le 2 juin 1968*, Seuil, París, 1998.
- READER, K. A.: *Intellectuals and the Left in France since 1968*, Macmillan, Londres, 1987.
- READER, K. A. y WADIA, K.: *The May 1968 events in France: reproductions and interpretations*, Macmillan, Londres, 1993.
- REID, D.: *Les jeunes inspecteurs: idéologie et activisme parmi les inspecteurs du travail en France après 1968*, AEHIT, París, 1997.
- ROHAN, M. (comp.): *Paris 68: graffiti, posters, newspapers and poems of the events of May 1968*, Impact Books, London, 1988.

- SÁENZ DE MIERA, A.: *La crisis social en mayo del 68 en Francia*, Ibérico Europea de Ediciones, Madrid, 1976.
- SÁENZ DE MIERA, A.: *Mayo del 88, 20 años antes*, Tecnos, Madrid, 1988.
- SALVARESÍ, É.: *Mai en héritage*, Syros-Alternatives, París, 1988.
- SCHNAPP, A. y VIDAL-NAQUET, P.: *Journal de la Commune Étudiante textes et documents*, Le Seuil, París, 1969.
- SCHWARTZ, C.: *Un certain goût du bonheur: mai 1968-juin 1969*, Findakly, París, 1998.
- SEALE, P. y MACCONVILLE, M.: *Drapeaux rouges sur la France*, Mercure de France, París, 1968.
- SITBON, M.: *La Primavera de París: cronología gráfica de mayo del 68*, Muchnik, Barcelona, 1988.
- SOMMIER, I.: *La violence politique et son deuil: l'après 68 en France et en Italie*, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 1998.
- SORBON-LEPAVÉ, P.: *Le journal insolite de Mai 68*, R. Castells, París, 1998.
- STETTER, W.: *Gewerkschaftsapparat und Arbeiterinteressen: die Politik der C.G.T. im Mai 1968*, Campus-Verl., Frankfurt am Main, cop. 1992.
- WEBER, H.: *Que reste-t-il de mai 68?: essai sur les interprétations des événements*, Éd. du Seuil, París, 1998.
- WINOCK, M.: *Chronique des années 60*, Le Seuil, París, 1987.
- WOLINSKI, C. y OTROS: *Mai 68*, 2 vol. M. Lafon, París, 1998.
- WYLIE, L., CHU, F. D. y TERRAL, M.: *France: The Events of May-June 1968. A critical Bibliography*, Center For West European Studies, Pittsburgh, 1973.

